

Jacques Bonnet

Bibliotecas llenas de fantasmas

Traducción de David Stacey



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Des bibliothèques pleines de fantômes
© Éditions Denoël
París, 2008

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre national du Livre*
*Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Charles Matton

Primera edición: abril 2010

© De la traducción, David Stacey, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6306-2
Depósito Legal: B. 8826-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Luiz Dantas

Después del placer de poseer libros, poca
cosa hay más dulce que hablar de ellos.

CHARLES NODIER

El primero de septiembre de 1932 se publicó en el diario *O Século* un anuncio para un puesto de conservador-bibliotecario en el Museo Condes de Castro Guimarães en Cascais, una pequeña ciudad costera a 30 kilómetros de Lisboa. El 16 del mismo mes, Fernando Pessoa envió su candidatura por carta al ayuntamiento. El documento, de seis páginas, se encuentra reproducido en el libro de Maria José de Lancastre *Fernando Pessoa, uma fotobiografia*, coeditado en 1981 por la Imprensa Nacional-Casa da Moeda y el Centro de Estudos Pessoaanos, que compré por quinientos escudos en una librería de Coimbra en noviembre de 1983. Sólo había un ejemplar. En los cafés de la ciudad las mesas todavía tenían debajo del tablero un anaquel para poner el sombrero, y recuerdo a una mujer caminando por la calle con una máquina de coser en equilibrio sobre la cabeza. El texto de la carta ha sido reproducido en caracteres demasiado pequeños para que alguien que no lea perfectamente el

portugués pueda descifrarlo. Pessoa, cansado de traducir el correo comercial de empresas de importación-exportación de Lisboa por un sueldo que apenas le daba para sobrevivir y emborracharse a diario, aunque sin excesos, tenía ganas de cambiar de vida y, por qué no, de dejar su piso del número 16 de la calle Coelho da Rocha por uno en una pequeña ciudad de la región de Lisboa. En la *Fotobiografía*, unas cuantas páginas antes de la carta, hay una foto en la que se ve a Pessoa bebiendo un vaso de vino tinto en la vinatería de Abel Ferreira da Fonseca, con unos pequeños toneles de Clarete, Abafado, Moscatel o Ginja detrás. Es la foto que Pessoa le mandó en septiembre de 1929 a Ophelia Queiroz, la única relación sentimental que se le conoce, con la dedicatoria «Fernando Pessoa, em flagrante delitro», es decir «en flagrante delitro». El envío de esta fotografía volvió a tejer unos lazos que llevaban rotos nueve años y que iban a ceder, esta vez definitivamente, seis meses más tarde. Al menos, en su forma material. Ophelia no se casó nunca y contó que Pessoa se encontró, poco antes de su muerte, con su sobrino Carlos, al que le preguntó cómo estaba ella y que luego, con los ojos llenos de lágrimas, le estrechó las manos mientras añadía: «¡Qué alma tan bella, qué alma tan bella!»

Mi biblioteca contiene otras dos ediciones del libro ilustrado de Maria José de Lancastre. La versión italiana (Adelphi, 1988), que ha sido abreviada —¡164 páginas en vez de 322!— y en la que la carta, reducida a su primer y último folio, es todavía más ilegible que en la obra original. Podemos, en cambio, ver una

foto del museo en cuestión, la mansión neogótica del conde Castro Guimarães. La versión francesa (traducción de Pierre Léglise-Costa, Christian Bourgois éditeur, 1990) retoma todos los documentos publicados en la edición original y añade una traducción de la carta de candidatura. Este documento, digno de ser citado íntegramente, es un ejemplo desgarrador del frecuente desfase entre los dos mundos de un artista, aquel en el que vive mentalmente –aun a riesgo de perderse en sus circunvoluciones– y aquel en el que se mueve en el día a día. Limitémonos al último párrafo:

Los documentos citados en el párrafo primero y aquí adjuntos son una prueba más que suficiente del conocimiento que tiene el postulante de la lengua inglesa. En cuanto a su conocimiento de la lengua francesa, el postulante cree que, en ausencia de pruebas documentales realmente válidas (como las que ha podido aportar para el inglés), lo mejor que puede hacer es adjuntar un pliego de la «Contemporânea» (n.º 7) en la que, en las páginas 20 y 21, fueron publicadas tres canciones («Trois chansons mortes») que escribió en francés. – En el texto propiamente dicho del artículo sexto del Reglamento está establecido que es imperativo que el conservador-bibliotecario sea una persona de «competencia e idoneidad reconocidas». Salvo aquello que de competencia e idoneidad está implícito en los diplomas indicados como motivo de preferencia en los distintos párrafos del reglamento, y que ha sido por

lo tanto demostrado mediante los documentos presentados en respuesta a cada uno de estos párrafos, ni la competencia ni la idoneidad son susceptibles de ser justificadas mediante pruebas documentales: comprenden elementos como el aspecto físico o la educación que por definición son imposibles de demostrar con documentos.

Cascais, a 16 de septiembre de 1932,
FERNANDO NOGUEIRA PESSOA

Esta insólita retórica no convenció al jurado, presidido por el alcalde de Cascais, que, muy probablemente, quedó desconcertado y, prudente, eligió a otro candidato que los biógrafos de Pessoa designan generalmente con la vaga expresión de «un oscuro pintor».

1. DECENAS DE MILES DE LIBROS

Unos aman los caballos, otros los pájaros
y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído
por un terrible deseo de poseer libros.

JULIANO¹

Hará unos quince años, la editorial parisina para la que en ese entonces trabajaba publicó un libro del gran escritor y crítico italiano Giuseppe Pontiggia. Me pidieron que me «encargara» de él, muy probablemente porque, de los que chapurreábamos el italiano, sólo yo estaba libre esa noche. Nos vimos para cenar en un restaurante –ruso– cerca del cruce entre los bulevares de Montparnasse y Raspail. Nos caímos bien, y que tanto él como su mujer Lucia hablaran un francés mucho menos artesanal que mi italiano contribuyó definitivamente a ello. Tras algunos minutos de charla nos percatamos de que teníamos un punto en común que iba a transformar el interés de la velada: ambos poseíamos una biblioteca monstruo-

1. Juliano, Carta IX, a *Ecdicio, prefecto de Egipto*, 107 (377d-378a), en *Contra los galileos; Cartas y fragmentos; Testimonios; Leyes*, introducciones, traducción y notas de J. García Blanco y P. Jiménez Gazapo, Madrid, Gredos, 1982. (*N. del T.*)

sa de varias decenas de miles de obras. Y no una de esas bibliotecas de bibliófilo con libros tan valiosos que el propietario no los abre nunca por temor a estropearlos, sino una biblioteca de trabajo cuyos ejemplares no dudábamos en anotar, en leer en la bañera y en la que conservábamos todo lo que habíamos leído –incluidos libros de bolsillo y múltiples ediciones de una misma obra– o todo lo que teníamos la intención de leer más adelante. Una biblioteca no especializada, o mejor dicho especializada en tantos campos que acabó siendo generalista. Disertamos durante toda la comida sobre la felicidad y la maldición de nuestra suerte: los libros son caros cuando se compran, no valen nada cuando se revenden, alcanzan precios astronómicos cuando hay que encontrarlos una vez que se han agotado, son pesados, se empolvan, son víctimas de la humedad y de los ratones, son, a partir de cierto número, prácticamente imposibles de trasladar, necesitan ser ordenados de una manera específica para poder ser utilizados y, sobre todo, devoran el espacio. (He llegado a tener un baño con paredes tapiadas de estanterías, lo que imposibilitaba el uso de la ducha y obligaba a bañarse con la ventana abierta para evitar la condensación; y también anaqueles en la cocina, con lo que ciertos alimentos de olor particularmente penetrante estaban prohibidos. Como muchos de mis cofrades, ¡no tuve sino hasta tarde una situación inmobiliaria que me permitiera satisfacer mis ambiciones bibliófagas!) Sólo la pared de mi dormitorio en la que se encuentra la cabecera de la cama ha quedado siempre libre debido a un viejo trauma: me

enteré, hace muchos años, de las circunstancias en las que murió el compositor Charles-Valentin Alkan, apodado el «Berlioz del piano»; lo encontraron muerto el 30 de marzo de 1888, aplastado por su biblioteca. Cada hermandad tiene su santo mártir y el mayor de los Alkan, pianista virtuoso admirado por Liszt y que heredó los alumnos de Chopin a su muerte, es sin duda el de los locos por las bibliotecas. Como de las leyendas griegas, existen varias versiones de su trágico final; hay quien dice que fue un pesado paraguero lo que le cayó encima, pero ante la duda... Así pues, poseo en mi discoteca, a modo de homenaje a esta víctima tutelar de nuestra dulce e inofensiva manía, un vinilo RCA clásico con su Gran Sonata *Las Cuatro Edades*, grabada al piano en enero de 1979 por Pierre Réach.

Ese día, Pontiggia y yo conocimos por fin a otro miembro de nuestra clandestina y, dadas las condiciones que se han de reunir, forzosamente restringida hermandad. Así pues, pudimos abordar graves cuestiones que no inquietan al común de los mortales. ¿Por qué, por ejemplo, es tan frecuente que un libro agotado, que se encarga el día mismo en que se recibe el catálogo de un vendedor de segunda mano, resulte finalmente ya no estar disponible? ¿La biblioteca debe ordenarse alfabéticamente, por géneros, por idioma, cronológicamente o, por qué no, como Warburg, siguiendo una invisible red de afinidades desconocida para todos salvo para el interesado? Dicen que Gilbert Lely, poeta y especialista en Sade, tenía cien volúmenes en su casa, ni uno más, y que cuando añá-

día uno, retiraba otro. Georges Perec cita el caso de un amigo suyo que había llegado, mediante un cálculo tan oulipiano como incomprensible, al número ideal de 361, pero que no había logrado decidir cómo debían ser consideradas las obras en varios volúmenes o los libros –de la colección de la Pléiade, por ejemplo– formados por varias obras.

Estábamos felices, Pontiggia y yo, comparando las reacciones de nuestros invitados ocasionales ante esa visión tan sorprendente para ellos. Tras los «¡oh!» y «¡ah!» las mismas preguntas, invariablemente: «¿Cuántos tiene?» «¿Los ha leído todos?» «¿Cómo hace para saber dónde está cada uno?», etc. A nosotros, cuando entramos en casa de alguien, lo que nos sorprende es que no haya libros, o el raquitismo de la biblioteca de un supuesto cofrade, o que los volúmenes, a menudo protegidos por cristales, estén perfectamente ordenados y obedezcan, a todas luces, a un deseo de aparato.

Al final de la velada, ayudados por el vodka, nos pusimos a imaginar una asociación de propietarios de bibliotecas de más de 20.000 volúmenes –precisamente el número de volúmenes que formaban la biblioteca del profesor Ermanno Finzi-Contini en la novela de Giorgio Bassani– que se encargaría de defender los intereses de nuestra poco conocida minoría. La asociación nunca vio la luz, pero después de esa velada perduró un entendimiento amistoso entre nosotros que nunca, hasta la prematura partida de Guiseppe («Peppo») Pontiggia en junio de 2003, se desvaneció.

Pero ¿cómo se llega a esa situación? Es muy probable que cada quien tenga una respuesta distinta, pero seguramente las más frecuentes sean la tradición familiar («Si me preguntaran cuál ha sido el acontecimiento más importante de mi vida, diría la biblioteca de mi padre. De hecho, a veces creo que no he salido nunca de esa biblioteca», Borges),¹ unos estudios brillantes, una vida de erudito, cierta tendencia a la misantropía o una mezcla de todo esto. En mi caso, ninguna de estas cosas. Más bien el deseo de aplicar la definición del propio Borges («El paraíso es una biblioteca»)² o la de Bachelard («... ¿no es el paraíso una inmensa biblioteca?»),³ invirtiéndola por agnóstica prudencia: la biblioteca es lo que más se acerca al paraíso terrenal. Antes de eso, descubrí la lectura, que fue como un rayo de luz en la atmósfera tenebrosa de una infancia provincial en los años sesenta. ¿Cantará alguien algún día el aburrimiento de esa época, en la que, mientras los padres de familia reconstruían la economía de Francia —sin por eso olvidar llenarse los bolsillos—, las mujeres y los niños vivían como en el siglo XIX? ¿Los «Treinta» no fueron gloriosos para to-

1. J. L. Borges y N. T. Di Giovanni, «Autobiographical Notes», en *The New Yorker*, 19 de septiembre de 1970, pp. 40-99. (N. del T.)

2. Probablemente inspirado en el «Poema de los dones» (en *El hacedor*, 1960): «Yo, que me figuraba el Paraíso / bajo la especie de una biblioteca.» (N. del T.)

3. G. Bachelard, *La poética de la ensoñación*, traducción de I. Vitale, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1982. (N. del T.)

dos! Las mujeres por fin tenían derecho a voto pero jurídicamente sólo existían a través de su esposo, y no podían, por ejemplo, firmar un cheque. En algunas capas de la pequeña burguesía se ocupaban de los niños y de la casa y recibían, según la santa voluntad del jefe de familia, el dinero necesario para llevar el hogar. En cuanto a los niños, estaban, para decirlo en una sola frase, en conflicto permanente con el principio de autoridad (demos un solo ejemplo: en 1967 aún estaba prohibido introducir un periódico, ya fuera *Le Figaro*, *Combat* o *Le Monde*, en un liceo público francés). Las conversaciones familiares eran escasas y las decisiones paternas no tenían por qué obedecer a la racionalidad. Sólo el deporte y la lectura podían combatir el aburrimiento de la infancia. Ésta se parecía al río del Edén con cuatro brazos que partían hacia los cuatro puntos del horizonte. La lectura no entendía de distancias y me transportaba instantáneamente a los países más lejanos con las costumbres más peregrinas. Podía hacer lo mismo con los siglos pasados: bastaba con abrir un libro para caminar por el París del siglo XVII, con el consecuente riesgo de que le cayera a uno el contenido de un orinal en la cabeza, defender las murallas de Bizancio, a punto de ser tomado por los otomanos, o pasearse por Pompeya la víspera de la erupción que había de cubrirla de ceniza y piedra pómez. Más adelante me di cuenta de que los libros no sólo permitían sanas escapadas de la realidad sino que contenían también herramientas que ayudaban a descifrarla. La pequeña burguesía que subía quiso hacer duradera su ascensión y pagó estu-

dios a sus hijos. Había llegado el momento de pasar del comercio a la abogacía, a la medicina o a las finanzas. Ésas son las verdaderas raíces de Mayo del 68: los niños se habían vuelto más inteligentes que sus padres, o por lo menos sabían más cosas que ellos (no era muy difícil), y empezaron a hacer preguntas inéditas, nada absurdas, a las que nadie empezó a contestar hasta que no volaron los primeros adoquines. Evasión y conocimiento, ambas cosas llegaron a través de los libros. Por eso tengo hacia ellos un reconocimiento eterno, una especie de deuda moral que todavía no he acabado de pagar. Fue también una manera de escapar del medio familiar, y de ahí la ambición, tan válida como cualquier otra, de emplear la vida en leer todos los libros.

Pero ¿por qué decenas de miles de volúmenes en la biblioteca? ¿Por qué el paraíso no podría estar formado por unas pocas estanterías? Para algunos, ¡un solo libro basta y sobra!

Para otros, las bibliotecas ya existentes bastan. Pero, como lo ha explicado Robert Musil, no a todo el mundo le convienen: «No puedo trabajar en las bibliotecas públicas por la prohibición de fumar. En fin. Pero cuando leo en mi casa, no fumo» (*Diarios*).

Luego están las casualidades que me han hecho ejercer unas cuantas profesiones relacionadas con los libros. También, cierto gusto por las series completas (por autor, por tema, por colección, por época, por país, etc.) y que me cuesta muchísimo separarme de un libro leído. (¿Quién sabe si en el futuro no voy a necesitar una obra que encontré mediocre en el mo-

mento de leerla?) Sea como sea, escoger qué hay que conservar y qué hay que desechar requiere una energía que nunca he querido invertir (con algunas excepciones pese a todo). Y, finalmente, siento la necesidad de tener a mi disposición todos los libros y todas las pinturas, músicas o películas como otros tantos elementos de libertad interior. Eso era, por supuesto, antes de que Internet pusiera todo eso al alcance de la mano. Al alcance de la mano, sí, pero sin fantasmas. Ahora es infinitamente más fácil que antes encontrar un libro agotado en Abebooks, un sitio que reúne a 13.500 vendedores de libros de segunda mano de todo el mundo. Sí, pero uno encontrará sólo lo que busca, a diferencia de lo que ocurre en una librería de viejo, donde uno puede tropezarse con un libro cuya existencia ignoraba hasta ese momento.

Como el autor de la *Kolymá*, Shalámov («No recuerdo haber aprendido a leer, y tengo la audacia de creer que siempre he sabido»), no tengo ningún recuerdo del momento en el que aprendí a leer, a diferencia de algunos que recuerdan el «antes», como un amigo brasileño que rememoraba —a menos que hubiera hecho suyos recuerdos familiares— haber fingido leer en voz alta textos que eran perfectamente incomprendibles para él. En todo caso, a partir de ese momento que no recuerdo, leí con frenesí todo lo que me caía delante de los ojos y dediqué a la lectura todo el tiempo libre que no pasaba chutando un balón. De ese caos de lecturas no quedan más que algunos vagos recuerdos: las aventuras de Bob Morane (a las que siguieron, durante la adolescencia, las más picantes de

OSS 117), las novelas rosas de Delly (jóvenes muy bellas y muy pobres enamorándose de jóvenes que invariablemente resultaban ser hijos de príncipes que habían sido raptados de niños, o jóvenes muy bellos y muy pobres enamorándose de muchachas que invariablemente resultaban ser...), el capitán Corcorán y Louison, su tigre domesticado, Arsenio Lupin con su elegancia un tanto gamberra (tengo grabada en la memoria la inquietante portada de *La isla de los treinta ataúdes* en fascículos de la época que encontré en el desván) o Louis Garneray, pintor de la marina y cronista de las aventuras marítimas de Surcouf. Rechazaba sistemáticamente —por razones que aún hoy son un misterio para mí— toda lectura escolar, con lo que tuve que esperar unos diez años más de lo debido para descubrir a Montaigne, Racine, Diderot o Balzac.

Entre los pocos libros que puedo salvar de esos años están *Robinson Crusoe*, cuyo destino de organizada soledad ya me fascinaba en aquella época, y los de los únicos autores que mi abuelo tenía en su exigua biblioteca, y que leyó una y otra vez durante toda su vida: Alexandre Dumas y Charles Dickens. También leí con asiduidad las tres revistas a las que mis abuelos estaban suscritos: *Le Chasseur français* (las historias de fusiles y perros no me interesaban demasiado, pero había una sección de «chistes y agudezas» que me encantaba); *Historia*, en la que encontraba material para mis sueños, con el enigma de la máscara de hierro o el destino de Luis XVII, para emocionarme, con los destinos trágicos de María Antonieta

o del duque de Enghien y para sorprenderme con el insólito destino de Fouquet, que terminó su vida en el fuerte de Pignerol tras haber conocido los fastos de Vaux-le-Vicomte; y finalmente el *Reader's Digest*, en el que descubrí los grandes acontecimientos del siglo XX, los horrores de la Primera Guerra Mundial y de lo que por aquel entonces se conocía como «campo de concentración». Esta lectura me hizo pensar que nunca más se vería ni antisemitismo ni exterminio —me equivocaba en ambas cosas.

Devoraba pues, sin ningún discernimiento, cualquier cosa impresa, y de todo eso no me quedó sino un hábito de lectura que pedía sólo ser canalizado. Como muchos adolescentes de mi generación, descubrí hacia los quince años con *La espuma de los días* que las novelas podían ser más que una historia que hacía soñar, y la palabra «literatura» empezó a cobrar sentido. Por otra parte, Boris Vian tenía la ventaja determinante de circular mediante el boca a oído y de no ser prescrito por el sistema educativo.